

# Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego  
del

## **“NO VEMOS UNA VIA QUE NO SEA LA SOCIALISTA HACIA LA DEMOCRACIA EN NUESTRO PAIS”**

*Boris Kagarlistsky y Efim Ostrovskii,\*\**

El Comité de Moscú de los Nuevos Socialistas surgió gracias al desarrollo del movimiento del Frente Popular. Su formación pasó por varias etapas: al principio se trataba de un pequeño grupo o club, llamado Iniciativa Socialista que estaba encuadrado en la Federación de Clubes Socialistas. Cuando comienza a crearse el Frente Popular, Iniciativa Socialista no sólo entra a formar parte de éste, sino que se constituye en el núcleo del comité de organización que se crea en Moscú. Con la campaña preelectoral nuestra situación cambió al extenderse el movimiento y adquirir un aspecto distinto. Mucha gente se adhirió al movimiento barriendo, de esta forma, su estructura primitiva. No teníamos ningún programa, ni estaban elaborados los Estatutos, por lo que las personas que venían a nosotros lo hacían por motivos puramente emocionales; les gustaba cómo trabajaban los activistas del Frente Popular, les atraían algunas de nuestras consignas o, simplemente, se daban cuenta que el Frente Popular es una de las más importantes organizaciones no oficiales, y, además, no daba miedo entrar a formar parte del Frente Popular ya que por ello no arrestaban a nadie. Por cierto, muchos comentaban que entraban en el Frente Popular porque entrar en otras organizaciones les aterriza. De esta manera, nos encontramos que para la conferencia de marzo,

\* Publicado en Forum Internacional Nº 0, Fundación Andreu Nin, España, Mayo 1990.

\*\*Dirigentes del Comité de los Nuevos Socialistas (MKNS)

anterior a la asamblea constituyente, el 39% de los delegados eran personas sin ninguna experiencia política anterior. Déense cuenta que se trataba de delegados, es decir, representantes de grupos de personas.

De esta forma iba apareciendo un movimiento cada vez mayor y más fuerte pero, al mismo tiempo, cada vez menos consistente, más inestable, que adoptó por inercia los principios básicos del programa de Iniciativa Socialista, pero que no se disponía a organizarse para llevar a cabo esos principios. Además de estos dos defectos: inconsistencia ideológica e inconsistencia organizativa, hay que señalar un tercero que consiste en que el movimiento se compone exclusivamente de intelectuales, es decir, no llega a las amplias masas de la población, y, además, el nivel intelectual del movimiento tampoco es muy elevado, siendo incapaz de ofrecer importantes ejemplos de análisis políticos o de cultura política. Estos tres defectos del Frente Popular de Moscú fueron detectados pronto y con claridad, sobre todo por parte de los jóvenes activistas de Iniciativa Socialista que cargaron con, prácticamente, las tres cuartas partes de la tarea real. Fue entonces cuando se planteó que, si bien es necesario el Frente Popular, y es necesario el amplio movimiento frente-populista, es absolutamente imprescindible formar un núcleo político de tipo partido que, siendo más disciplinado, contara con cuadros políticos preparados y, sobre todo, con un programa desarrollado.

Hay que señalar que los programas que se elaboran hoy en día, son más bien un catálogo de reivindicaciones y no tienen nada de programa. No contienen ningún tipo de estrategia o proyecto de desarrollo de la sociedad, las vías y etapas por las que ha de llevarse a cabo. Sólo son un compendio de intenciones y no una concepción global. Los documentos se preparan partiendo de compromisos entre los diversos grupos: unos proponen una cosa, otros otra y, en el mejor de los casos, intentan que no figuren tesis absolutamente opuestas. Posiblemente, en principio, ésta es la forma en la que han de elaborarse los documentos políticos, pero nuestra situación es muy diferente a la de los países occidentales. Allí existen varios partidos que en algunos momentos históricos formaron, por ejemplo, el Frente Popular en Francia en 1936, compuesto por los socialistas, comunistas y radicales. Estos tres partidos compartían una serie de valores y tenían unas perspectivas comunes y, sin embargo, cada uno de ellos poseía su propia estrategia y un programa elaborado. Posteriormente, a partir de los tres programas conceptualmente fuertes, se logró elaborar una plataforma unitaria que recogía momentos tácticos comunes, no contradictorios. Es decir, antes de formular un programa

de compromiso, como el del Frente Popular o el de la Unidad de Izquierdas en Francia o el programa de la Unidad Popular en Chile, cada partido o grupo político que formaba parte de ellos tuvo que realizar una elaboración teórica muy seria de los documentos programáticos en base a sus concepciones políticas.

Nosotros, sin embargo, carecemos de concepciones políticas desarrolladas, sólo tenemos, como ya hemos señalado, una lista de reivindicaciones propuestas por diferentes grupos y personas, a partir de la cual, de forma totalmente ecléctica, se está formando el programa.

¿Por qué estamos creando un partido socialista? Para ello tenemos varias razones. La razón principal es que no vemos otra vía hacia la democracia que no sea la socialista. La democracia se conjuga con el capitalismo únicamente en los países ricos y muy desarrollados. Es imprescindible la existencia de excedentes de riqueza que permita, dentro del sistema capitalista, costear las soluciones a los conflictos sociales democráticamente. No hay otra forma de asegurar un determinado nivel de garantías sociales, en un sistema de iniciativa privada, que no sea el de distraer regularmente fondos financieros y recursos excedentes por parte del empresario (clase propietaria de los medios de producción). ¿Por qué sino en países tales como Argentina, Chile, Uruguay, donde existen tradiciones democráticas bastante antiguas, no se consigue estabilizar la democracia? Desde luego no es porque allí la clase dirigente sea peor que, por ejemplo, en Francia. Se trata de que en esos países la propia clase dirigente es pobre, no dispone de recursos para el pago de la deuda social y está expuesta a continuas crisis de acumulación.

Por esta razón, en los países capitalistas poco desarrollados se forma, por regla general, un régimen autoritario, caracterizado por la fusión del aparato burocrático del Estado con el capital privado y con gran dependencia de los monopolios occidentales.

Volviendo a nuestro país. Consideramos, por lo tanto, que la vía capitalista hacia la democracia tiene pocas perspectivas de prosperar, ya que la introducción del capitalismo o de medidas semicapitalistas en una sociedad más bien pobre y no muy desarrollada llevaría a una gran polarización: por un lado, la acumulación de riqueza y, por otro, la degradación de determinadas capas de la sociedad, y, además, a una polarización regional. En un país donde la justicia social se identifica con la igualdad, el hecho de la polarización provocará una gran protesta por parte de las capas sociales que se quedan en la base de la pirámide.

Podemos observar ya las reacciones que surgen contra las cooperativas, que sólo son “espumilla” comparadas con las que pueden producirse si se

adopta la orientación capitalista pro-occidental de la economía. Podemos asegurar que ese proceso conduciría hacia una mayor inestabilidad social, al incremento del odio entre los distintos grupos sociales y, probablemente, a conatos de violencia.

Pero, si el Estado quiere continuar por la misma vía de mantenimiento del sistema político y económico, debe asumir el papel de gendarme, es decir, necesitará, primero, ser un Estado fuerte, luego, duro, después, represivo, para, finalmente, convertirse en un Estado autoritario. Esto es lo que ocurrió en Argentina, en Chile -países, que, por cierto, tienen un nivel de desarrollo similar al nuestro- cuando se reforzaron los elementos capitalistas en la economía del país.

De aquí extraemos la conclusión siguiente: es necesario un sistema de garantías sociales y de redistribución social que permita que la parte más dinámica de la sociedad, el sector con más iniciativa participe activamente, siendo, a la vez, garantía de estabilidad social y de paz ciudadana. Esto es primordial en condiciones de democracia incipiente y hace necesario aplicar desde un primer momento concepciones socialistas.

¿Por qué nos denominamos nuevos socialistas y no, por ejemplo, socialdemócratas o marxistas ortodoxos, o eurocomunistas, o nueva izquierda, etc.? Se trata, para nosotros, de la imposibilidad de identificar el movimiento socialista en la Unión Soviética con cualquiera de los modelos socialistas existentes en otros países, ya que éste se ha ido formando partiendo de las condiciones concretas de cada país y de su historia. Así, por ejemplo, la socialdemocracia es un fenómeno típico de los países ricos fuertemente desarrollados, donde la estabilidad social se mantiene gracias a la redistribución de la riqueza sobrante. Nosotros no tenemos esas condiciones ya que nuestra economía no produce riqueza en exceso. Esto, sin embargo, no supone que descartemos por principio las ideas socialdemócratas. Hay que asimilar toda la riqueza de la tradición socialista y adoptar de ella aquello que ayude a crear una democracia con vida propia en nuestro país. De este modo, nos consideramos nuevos socialistas porque no nos identificamos con ninguna de las viejas tradiciones en particular y, al mismo tiempo, estamos abiertos a todas.

¿Qué hay en común en todas estas tradiciones socialistas que nos hace denominarlas socialistas y no otra cosa? En primer lugar, está la idea de las garantías sociales. La sociedad ha de estar organizada de tal manera que garantice a todos los ciudadanos un determinado nivel mínimo de subsistencia humana, derecho al trabajo, a la vivienda, etc.. Es decir, todo aquello que siempre se ha declarado formalmente en nuestro país, cuyo Estado, en la prácti-

ca, no garantizaba a nadie. Llegó a producirse una situación paradójica: en lugar de tener garantías sociales, teníamos una especie de limosna social que dependía totalmente de la buena voluntad de la clase dirigente, de la cúpula del poder. El problema consiste ahora en poder pasar de ese sistema de limosna a un sistema fiable de garantías sociales avaladas por la ley y por todo el sistema de poder y de dirección. Pero esto no puede asegurarse realmente sin un sistema determinado de regulación de la economía que, puede y debería apoyarse en un determinado nivel de desarrollo del mercado. Y, en este sentido, nosotros sí abogamos por el mercado, pero considerándolo como el medio y no como un fin en sí mismo. El mercado es necesario para permitir una regulación racional y eficaz dirigida a asegurar las garantías y derechos sociales y, además, para asegurar un desarrollo económico y tecnológico independiente que permita colocarnos al nivel de los países occidentales más desarrollados. El mercado tiene que servir para la solución de estos problemas y para ello debe existir una propiedad colectiva y fuertemente desarrollada y un sistema de instituciones de planificación. Y aquí surge una interrogante: ¿Qué órgano debería encargarse de planificación, un órgano central?, ¿será éste órgano más o menos competente o utilizará directrices al antiguo estilo administrativo? Sin embargo, la existencia del mercado en sí no garantiza nada, ya que un órgano burocrático que, además, utiliza el mercado para sus propias decisiones burocráticas es aún más peligroso que el antiguo sistema administrativo. Este es, por cierto, el fenómeno con el que se tropezó en China, en parte en Yugoslavia, y empezamos a percibir nosotros. El mercado, en manos del burócrata, es como sustituir la estaca por la ametralladora en manos de un bárbaro. El mercado es un instrumento muy potente. Las órdenes administrativas pueden ser obviadas, mientras que el mercado obliga a la gente a actuar objetivamente en una determinada dirección. Además los que toman las decisiones no están expuestos a ningún control por nuestra parte y de todas la maneras posibles, económicamente o no, intentarán someternos.

De aquí se deduce otra posición de principios que figura en la base de la mayoría de los programas socialistas: la planificación debe ser democrática. Debe existir un procedimiento democrático de toma de decisiones a distintos niveles, empezando por la autogestión en los centros de trabajo. Esto último no dará, por sí sólo, los resultados esperados, si el centro de trabajo se encuentra pretendidamente bajo las condiciones de mercado libre, pero de hecho está dirigido por órganos burocráticos de planificación centralizada. Esto es lo que ocurrió en Yugoslavia, y nos amenaza también a nosotros. Por lo tanto, estos procedimientos democráticos no pueden limitarse a la autogestión en los centros de producción, hacen falta asociaciones, agrupaciones

de empresas y otras. Así y todo, tampoco esto será suficiente si no existe un verdadero parlamento capaz de adoptar o rechazar las propuestas sobre las prioridades del desarrollo. Por lo tanto, es necesario un sistema pluripartidista y todo un sistema de insituciones democráticas.

En cuanto a la especificidad rusa, ésta se resume en que Rusia no es un país de transformaciones evolutivas de tipo liberal; Rusia es un país de cambios radicales y revolucionarios.

Tenemos, ahora mismo, la impresión, que de aquí en adelante nos encontraremos con que la crisis de la reforma emprendida se profundiza. Y esto, por varias razones: por una parte, las reformas son apreciables y tímidas, están llevándose a cabo mal y de forma poco competente, y, por otra parte, las propias reformas están mal orientadas. Se orientan hacia la liberalización del mercado y su utilización para determinados fines burocráticos que a menudo están relacionados con el capital extranjero. De momento parece prematura la preocupación por la existencia de unas 200 empresas mixtas. Pero éstas ya empiezan a controlar unas cuantas ramas de la actividad clave, entre ellas las formas más sensibles de la exportación soviética. Estos son hechos reales que deben ser detectados a tiempo. De esta forma se produce el fracaso de la reforma: por un lado, a causa de la incompetencia y parcialidad -que intentarán justificar diciendo: lo hacemos todo bien, pero siempre puede haber errores- y, por otro lado, el hecho de que toda la estrategia de las reformas no va dirigida a la defensa de los intereses del individuo. El balance de la situación indica que hay que esperar un agravamiento de la crisis, un fuerte crecimiento de la tensión social, la que, precisamente, queremos evitar. Y es muy probable que, en lugar de llegar a tener un mercado más o menos liberalizado, al cabo de tres o cuatro años de esta reforma "de mercado", nos encontraremos con cartillas de racionamiento. La experiencia de los países hermanos demuestra que la introducción del mercado en una economía tipo soviética, conduce al incremento del déficit, a la inflación y, consecuentemente, a una intervención administrativa directa, es decir, conduce al incremento de todo aquello que pretendemos atajar. Aquí vemos dos alternativas: o se traspasa todo a manos del aparato estatal -con el revanchismo que por su parte esto implica- o se intenta crear, dentro del movimiento popular, una alternativa real como es la del control popular sobre el racionamiento, creación de órganos democráticos en los lugares de producción, que no sólo tienen el derecho de gestionar sino que, además, establecen vías de control efectivos, toman las decisiones y resuelven los problemas. Así llegaríamos a la democracia de masas. En este sentido, el programa que pretendemos formular combina un cierto tradicionalismo -y, posiblemente, hasta conservadurismo,

es decir, adicción a ciertos valores arraigados en nuestra sociedad- con una orientación bastante radical hacia una democracia de masas y una acción directa y revolucionaria.

Ciertamente, no podemos estar impasibles ante los fenómenos de agresividad e incompetencia que existen en nuestra sociedad y vemos como único remedio el compromiso de las masas en una acción política inmediata, antes de que el riesgo sea demasiado grande. Hay que trabajar dentro del movimiento de masas. Cuando consideramos, por ejemplo, que las cooperativas son necesarias y convenientes, mientras que una gran parte de la sociedad tiene el ánimo de prender fuego a los establecimientos cooperativistas, no tenemos otra salida que, para evitar este tipo de acciones violentas, o bien instalar allí fuerzas policiales armadas, no con estacas, sino con metrallas, o bien hacer un trabajo político con las personas dispuestas a incendiar las cooperativas, comprender sus problemas, ganar su confianza y proponerles otras formas de lucha. Viene al caso el famoso slogan de Michnick: "Comaradas, no queremos los comités, creemos los nuestros". De manera que si se trabaja, si se intenta crear focos de movimiento obrero semejante al que existe, por ejemplo, en Zelenograd, donde hay una clase obrera cualificada que ya tiene experiencia de lucha, estos focos pueden arrastrar con ellos a considerables masas. La razón es que ellos poseen aquella autoridad de la que están desprovistos los intelectuales, a los que sólo ahora empiezan a estar dispuestos a escuchar. Si, pongan por caso, los intelectuales del MKNS (Comité de Moscú de los Nuevos Socialistas) llegan a una pequeña y lejana fábrica, donde las personas están enfurecidas por ser objeto de tantas tomaduras de pelo, y empiezan a hablar de postulados teóricos generales, pueden obtener un resultado nulo, si no negativo. Sin embargo, una labor continua y sistemática con las personas da resultados positivos.

Y, finalmente, queremos aclarar que no partimos de las concepciones de los bolcheviques de un partido de vanguardia que debe dirigir a unas organizaciones que están bajo su influencia. Nosotros partimos, si tenemos presente las ideas de la tradición socialista, de la idea de hegemonía que Gramsci definió de la forma siguiente: "La cultura política más desarrollada ejerce una influencia sobre las demás culturas políticas limítrofes. Un grupo que tenga un programa muy elaborado, militantes competentes, cualificados y enérgicos, atraerá, de forma inevitable, a otras agrupaciones próximas, lo que le permitirá consolidarse". En este sentido, posiblemente, la experiencia del KOR en Polonia en las primeras etapas de formación de "*Solidarnosc*", es, para nosotros, muy significativa.